

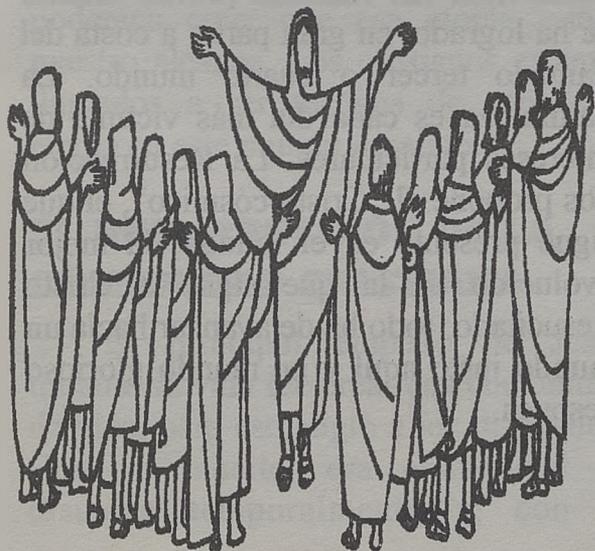


## JESÚS DE NAZARET, HIJO DE DIOS

Los testigos neotestamentarios de la Resurrección han comprendido la Pascua de Jesús como *LA* respuesta a la cruz, aunque no como humana, sino como divina respuesta. La Pascua por ningún lado aparece como un producto de la fe de los discípulos, sino al revés: la fe de la comunidad pospascual de los discípulos es resultado de la Pascua. La Pascua es el testimonio de que con la historia de Jesús en su entera tensión y en su enigma está vinculado el radical misterio de Dios, el definitivo Sí de Dios; de que este Jesús se encuentra tan del lado de Dios que en adelante el concepto "Dios" no puede ya ser comprendido sin el nombre de Jesús de Nazaret y, a la inversa, que Dios en adelante ha de ser encontrado en la historia de este hombre y con eso en la historia del hombre en general.

**Juan 20 ofrece la formulación más arcaica y sencilla, que parece por ello responder mejor a los hechos: un grupo de mujeres acude al sepulcro para llorar al amigo muerto; el descubrimiento de la piedra removida las llena de presagios funestos, pero comprueban que el sepulcro estaba vacío, lo que suscita perplejidad o miedo, y se lo comunican a Pedro.**

**La tumba vacía es un signo. Hace patente un vacío. Ese vacío suscita un interrogante. Abre incluso un camino. Pero ese camino sólo puede ser recorrido por el mismo Jesús. Es Él quien colma la ausencia con una presencia nueva, y por ello el relato de la tumba se inserta, por su propio dinamismo, en el relato provocado por las apariciones.**



Más que de apariciones hay que hablar de *crisofanías*, manifestaciones de Cristo: es Jesús, el Resucitado, quien irrumpe y sale al encuentro por su propia iniciativa. Esta iniciativa libre y gloriosa se condensa en la expresión *se hizo ver* (Lc 24,34; 1Cor 15,8; Hch 9,17; 17,31; 26,16).

La iniciativa personal del Resucitado es el elemento irreductible de la Pascua. Es el estímulo y el factor detonante que, desde la profundidad de Dios, se hace acontecimiento en la historia de los hombres. Es un dato previo y antecedente que se impone y que irrumpe de modo personal en la experiencia.

Sus protagonistas, y en general el NT, son conscientes de la peculiaridad y singularidad de aquel suceso. Son conscientes de estar situados en un tiempo único, de ser partícipes de un acontecimiento escatológico, y por ello último e irrepetible.

Jesús sale al encuentro de unos destinatarios que no lo esperan, que se ven conmocionados por un evento insospechado. Jesús pretende hacerles percibir que sigue vivo y con ellos. Los destinatarios responden mediante la adhesión personal y libre que no puede ser más que fe. Pero la fe no es una reacción posterior a la aparición. Es un momento interior del encuentro. Como iniciativa personal y encuentro de libertades, vive de la espontaneidad de la evidencia, no del razonamiento, de la prueba o de la argumentación. Los destinatarios no son objeto de un mensaje, sino protagonistas de un encuentro. Participan como sujetos de un encuentro personal. Y por ello asumen una responsabilidad en la historia que brota de ese encuentro.

ÉFFETA, nº 93